

Y TARRAGONA ¿POR QUÉ NO?

Lema: VIENA

Y TARRAGONA ¿POR QUÉ NO?

La última década del siglo XVIII trajo consigo un cambio de fase en la historia de Europa del que no pudo evadirse España. La Revolución Francesa y la ejecución de Luís XVI provocaron, el 7 de marzo de 1793, la declaración de guerra entre la Convención y España. Este conflicto tuvo como teatro de la guerra a Cataluña, razón por la que en ella se la conoce como la “Guerra Gran”, y aumentó la tradicional animadversión contra nuestros vecinos. La Paz de Basilea, en el año 1795, acabó con esta guerra y propició la alianza con los recientes enemigos que tuvo como consecuencia la guerra contra Inglaterra de 1796 – 1801.

Entramos en el nuevo siglo con el final de la citada guerra que vuelve a resurgir entre los años 1804 – 1808, conflicto en el que sufrimos la derrota naval de Trafalgar. El imperialismo napoleónico solo encuentra como adversario a Inglaterra que, por su insularidad y potencial naval, no puede batir a su ejército en batalla campal ni ocupar su territorio. Napoleón Bonaparte, ya que no puede acceder a las islas, decide ponerle todas las dificultades posibles decretando en 1806 su bloqueo. La monarquía española, aliada de Francia, participa en dos acciones encaminadas a este fin: el control del Báltico y la ocupación de Portugal. En las dos empeñamos las mejores tropas de nuestro Ejército, a Dinamarca se envía un Cuerpo de Ejército al mando del Marqués de la Romana, y de las tres direcciones con las que se planea operar para invadir Portugal dos son encomendadas a tropas españolas, permitiendo el paso por España de los franceses que tienen asignada la tercera.

Pero la verdadera tragedia para España, en los albores del siglo XIX, no fue esta confrontación sino el complejo entramado político y bélico de la, llamada tradicionalmente, Guerra de la Independencia.

La Guerra de la Independencia

Decía antes que era una situación compleja políticamente ya que, a la sombra de Napoleón, el rey Carlos IV abdica en su hijo Fernando VII y este pone la Corona a disposición del Emperador, que la entrega a su hermano José Bonaparte. Pero Napoleón, además, lo que desea es anexionar a Francia, restándolos a José I, los territorios situados al norte del río Ebro. Parte de este objetivo se materializó el 26 de enero de 1812 con la anexión de Cataluña y su división en cuatro departamentos: Ter, Segre, Montserrat y Bocas del Ebro, con capitales respectivas en Gerona, Puigcerdá, Barcelona y Lérida.

En esta situación de vacío de poder se crean las Juntas de Gobierno, la primera que se constituye en Cataluña es la de Lérida a la que siguen las de Tortosa, Tarragona, Igualada, Manresa, Gerona y Villafranca del Penedés. El 18 de junio de 1808 se creó la Junta Superior del Principado, presidida por el obispo de Lérida, con representación de todos los corregimientos.

La complejidad bélica también es grande, somos aliados de Francia permitiendo no solo el paso de sus tropas hacia Portugal sino también una evidente ocupación de parte del territorio nacional, como sucedió en Cataluña sin oposición del Capitán General José de Ezpeleta. Cuando estallan los alzamientos populares, estos son contra los franceses sin contar con la participación del poder legalmente establecido ni, prácticamente, de unidades militares. En la mayoría de las capitanías sus titulares son asesinados en las revueltas.

En la primera fase de la guerra cada junta superior organiza un ejército que combate sin coordinación con los demás. Superado este primer periodo se entremezcla con las operaciones militares una extensa y desorganizada actuación de las partidas de guerrilleros que, una vez controladas, colaboran con las acciones de las unidades militares, llegando a convertirse algunas de estas partidas en verdaderas divisiones.

Avanzada la confrontación los ejércitos ingleses participan desde Portugal en la guerra, que ellos denominan Peninsular, aportando además contingentes del país vecino. Para las unidades francesas, que integran divisiones polacas e italianas, también es la Guerra Peninsular. Para los españoles era la “Guerra de la Independencia”, aunque en Cataluña tradicionalmente se la denomina “del Francés”, con una connotación de guerra total y el agravante de que muchos soldados combaten fuera de su patria por lo que los daños que se causan no les importan demasiado.

En este marco político y bélico se producen dos tipos de enfrentamientos, derivados de las operaciones de los ejércitos, las batallas en campo abierto y el sitio de las plazas fuertes. Las acciones resolutivas son las batallas campales ya que la decisión de un mando de acogerse con su ejército a una plaza fuerte y resistir al del contrario solo tiene un final favorable si el sitiador se ve obligado a levantar el sitio, la mayoría de las veces, por la amenaza de un ejército de socorro o por el resultado adverso de alguna batalla.

En Cataluña no se producen batallas con participación de grandes contingentes de tropas pero si un elevado número de sitios, entre los que destacan: Rosas, Gerona, Hostalrich, Lérida, Tortosa y, Tarragona. Indudablemente el que es más conocido y ensalzado es el de Gerona. Pero, ¿porqué no el de Tarragona que es el último, participan unidades del ejército y milicias urbanas, es tomada al asalto y ni se rinde

ni capitula? Los franceses lo destacan como un gran éxito, que merece estar gravado en el parisino Arco del Triunfo y supuso para el general Louis Gabriel Suchet el bastón de Mariscal del Imperio,

La situación en Cataluña hasta el año 1811

Hagamos una aproximación de lo que ha sucedido, hasta el año 1811, en Cataluña con influencia en Tarragona. En el Principado hay tropas francesas desde el principio de la confrontación, incluso antes de los levantamientos. La política francesa de atraerse a los catalanes, iniciada por el Gobernador General Augereau con el apoyo de los afrancesados, no logra engañar a la población. Entre el 7 y el 9 de junio de 1808 se alojaron en Tarragona más de 4.000 soldados de la División del general francés Chabran que convivieron en la ciudad con los del regimiento suizo Wimpffen, de guarnición en ella, pretendiendo, sin éxito, se uniesen a ellos al emprender el regreso a Barcelona.

.A finales de 1808 y principios del siguiente, la situación militar se mostró netamente favorable al invasor tras la entrada, el 5 de noviembre, del 7º Cuerpo de Ejército del general Laurent Gouvion Saint-Cyr, cuyas victorias obligaron a los restos del ejército español a replegarse hacia la provincia de Tarragona.

En el 1810, el único puerto catalán de importancia que no controlan los franceses es el de la antigua Imperial Tarraco ciudad, en teoría, fuertemente fortificada y con una gran guarnición que sale a realizar frecuentes operaciones. El mando francés apuesta por su conquista, máxime cuando en ella está la Junta Superior del Principado y el Capitán General de su Ejército. Los generales Macdonald y Suchet, del 7º Cuerpo (Cataluña) y 3º Cuerpo (Aragón) respectivamente, reciben la orden de Napoleón de que el sur catalán pase a depender, a efecto de operaciones militares,

de Suchet, que contaría con sus tropas y la parte de las de Macdonald estacionadas en Lérida.

Pero, ¿cuál era la importancia real de Tarragona?, ¿cómo son sus fortificaciones?, ¿quién es responsable de su defensa y de que medios dispone?, y por otro lado ¿qué tropas imperiales van a participar en el sitio y como se desarrolla este? Finalmente ¿por qué no magnificamos la gesta del sitio?

Importancia de Tarragona

A principios del siglo el caserío de Tarragona ocupaba la parte alta de la ciudad que conocemos, limitada por los restos del antiguo cinturón de murallas y la actual Rambla Nova; tenía separado un Arrabal junto al puerto, denominado ciudad baja, habitado por gente de mar. Se trataba de una ciudad de corte antiguo con calles estrechas y pocas disponibilidades de espacios libres, con el caserío constreñido por las murallas que obligaba a que los edificios fueran bastante altos para la época y se extendieran, mediante arcos, por encima de las aceras.

Su población antes del inicio de las hostilidades era de unos 10.000 habitantes, pero se vio incrementada, primero por el éxodo de Barcelona y después por la llegada de la guerra a las comarcas tarraconenses, alcanzando en el 1811 más de 40.000 persona. Era Alcalde Mayor de Tarragona y su Tierra José de Torres y de Ferrer, Presidente del Gobierno Local y Corregimental Luís de Hevia y la Junta Local de Vigilancia la presidía Bartolomé Soler.

La ciudad había colaborado en el esfuerzo bélico en todos los aspectos, había levantado a su costa los tercios de miqueletes de Melchor Rovira y Vicent y Amat, sus ciudadanos pusieron a punto las antiguas defensas y crearon otras nuevas. Cuando se percibió la inminencia del sitio se creó la milicia urbana.

En el 1811 Tarragona era la única ciudad importante de Cataluña que no estaba en poder de los franceses por lo que era lógico que el Capitán General Luís González de Aguilar, Marqués de Campoverde y la Junta Superior de la que era Presidente efectivo, se hubiesen acogido al amparo de sus muros. Pero una circunstancia determinante de su importancia era la disponibilidad de un puerto abierto, gracias a la presencia de la escuadra inglesa del Comodoro Codrington, que aseguraba los suministros, por vía marítima, de todo tipo a la plaza, el apoyo por el fuego a su defensa y la evacuación de los heridos.

Las fortificaciones de Tarragona

Un somero vistazo a la historia antigua nos muestra que la ciudad, aun antes de ser la Imperial Tarraco de los romanos, tuvo una gran importancia y por lo tanto tenía unas fortificaciones adecuadas a su categoría. A las murallas ciclópeas se le fueron incorporando sucesivamente elementos iberos, torres y cortinas romanas y posteriormente medievales. La ciudad quedó circundada por este cinturón y una muralla situada en el espacio que, tras su desaparición, daría lugar a la Rambla Vella.

Con el auge de las congregaciones religiosas, sus conventos no tenían espacio en el recinto fortificado por lo que se las autorizó, al igual que sucedió en Barcelona, a instalarse extramuros lo que obligó a adelantar las defensas, englobándolos hasta la actual Rambla Nova.

Para la defensa de la ciudad protagonizada por el Marqués de los Vélez, después de su derrota en Montjuïc durante la Guerra de los Segadores, se modernizaron en el siglo XVII los cuatro baluartes (Cervantes, próximo al Balcón del Mediterráneo, Jesús, San Juan y San Pablo) que cubrían los nuevos conventos. Este frente

defensivo de la ciudad, aunque permitía los flanqueos, no disponía de foso, camino cubierto ni obras avanzadas que posibilitaran salidas ofensivas de la guarnición. También se cubrió el frente de las murallas antiguas con obras de corte moderno. La ciudad tenía cinco puertas: al sur la de San Juan, al oeste las del Rosario y San Francisco y al este las de San Antonio y Santa Clara.

En el Siglo XVIII, con motivo de la Guerra de Sucesión se volvieron a poner a punto las defensas y además, por la importancia creciente del Arrabal se le incluyó en las mismas mediante el cierre del espacio entre el mar y la muralla de la rambla con una serie de fuertes por el este (Las Forcas, La Reina, San Jorge y Plaza de Armas), y el Fuerte Real por el oeste.

Durante los dos primeros años de la Guerra de la Independencia la población de la ciudad, bajo la dirección del Cuerpo de Ingenieros, trabajó en nuevas obras de fortificación. El lado oeste de la unión de la ciudad con el Arrabal, que solo disponía del Fuerte Real y era el más débil, se ciñó con un cinturón de fortificaciones (Baluartes de la Noria, Santa Catalina, Santo Domingo, Orleans, del Rey con su luneta y San Carlos, batería de San José, luneta del Príncipe y Fuerte del Francolí en la desembocadura de dicho río).

Al norte de la ciudad la altura del Olivo, distante un kilómetro de la misma, la dominaba por lo que se creó el Fuerte del Olivo, una importante fortificación con 50 cañones y una guarnición de 2.000 hombres, cuyos fosos estaban cavados en la roca viva pero con el gran defecto de que el muro de la gola, es decir la parte trasera del fuerte la que miraba a la ciudad, era de poca altura.

La guarnición

La guarnición de la ciudad era muy importante, ya que desde el repliegue del ejército se había convertido en su base principal, pero disminuía cada vez que un contingente de tropas salía a realizar operaciones en el Principado.

A principios de mayo, cuando el día 4 el sitio queda formalizado, guarnecían la ciudad unidades del ejército y de milicias urbanas. Las primeras eran siete regimientos de Infantería de Línea (Almansa, Almería, América, Granada, Lliberia, Saboya y Ultonia), cinco de Infantería Ligera (Antequera, Granaderos de Castilla la Nueva, Voluntarios de Gerona, Cazadores de Valencia y Voluntarios de Zaragoza), dos escuadrones de Caballería (Alcántara y Húsares Españoles) y de Artillería dos batallones a pie y dos compañías a caballo. Las segundas eran el Regimiento de Milicias Urbanas de Tarragona de diez compañías, en cuya bandera figuraba la “Tau de Santa Tecla” y el lema “Antes morir que rendirse”, bajo el mando de Ángel de Lara, tres compañías de artilleros nutridas con gente de mar, dos compañías de tiradores y una del Arrabal. En total 6.600 soldados y 2.585 ciudadanos armados, mandados por el brigadier Juan Caro.

La artillería de la plaza y sus fuertes estaba bajo el mando del coronel Cayetano Saquetti que contaba con un elevado número de piezas cuya cuantía es difícil de concretar, Suchet afirma haber tomado al enemigo 384 y Alegret, en su historia del sitio, señala que eran 350. De cualquier modo en estas cifras se englobaba gran número de piezas anticuadas y fuera de servicio.

El 10 de mayo regresó a la ciudad el Marqués de Campoverde con 2.000 hombres y también entró por vía marítima un contingente procedente de Valencia de otros 2.500, con lo que la guarnición se elevó a unos 14.000 efectivos. La responsabilidad de la plaza pasó a manos de Campoverde.

La escuadra inglesa estaba compuesta por tres navíos de línea, tres fragatas, un brick y varias cañoneras, además embarcaba unos 2.000 hombres; no podemos considerarla como una fuerza integrada en la guarnición y el desarrollo del asedio demostró la escasa implicación directa en la defensa.

A últimos de mayo entró en la ciudad un elevado contingente de tropas, unos 5.000 hombres, pero el 31 Campoverde salió de la plaza con 6.000 soldados, dejando el mando al recién llegado general Juan Senén de Contreras.

El Cuerpo de Ejército de Suchet

Desde que en marzo Suchet se responsabiliza de terminar la conquista de las tierras catalanas comienza a dictar disposiciones para la toma de Tarragona. En Tortosa se encontraba el material de los parques de ingenieros y artillería utilizados en su toma, por lo que decide incrementarlo y protegerlo; nombra jefes de ingenieros y de artillería respectivamente a los generales Rogniat y Valée y concentra diez batallones de infantería al mando del general Habert. Los depósitos de víveres los sitúa en Lérida y Mora.

El 3ª Cuerpo de Ejército bajo el mando de Suchet, que tenía al general Saint-Cyr como jefe de Estado Mayor, disponía de cuatro divisiones de infantería (2ª de Frère, 3ª de Harispe, 4ª de Habert e italiana de Peiri) con un total de 29 batallones, la brigada de caballería de Boussart con 10 escuadrones, los 1.352 efectivos de artillería de Valée (8 compañías a pie y 2 a caballo, además de pontoneros y unidades auxiliares para mover su tren con 1.692 caballos) y los 708 ingenieros del general Rogniat (6 compañías de zapadores, una de minadores y una de tren).

Aunque no estaba del todo preparado para el asedio decide ir organizándolo y ordena que el día 28 de abril salgan de Lérida la división Harispe y tres brigadas, y

de Tortosa el general Habert escoltando los trenes de sitio. Durante la marcha deben dejar aseguradas las líneas de abastecimiento desde estas dos poblaciones, con guarniciones en los puntos clave, para evitar que se las corten.

El sitio, defensa y toma de Tarragona

No vamos a hacer una descripción detallada del asedio de Tarragona, sería imposible en este artículo, ni vamos a contentarnos con remitirnos simplemente a los autores franceses que lo hicieron en el primer tercio del siglo o a los tardíos estudios españoles, en los que destaca el del general Javier Salas escrito en el 1882. Vamos a intentar centrarnos en el cerco, las dos direcciones de ataque y el asalto final.

El día 3 de mayo las unidades, unos 20.000 hombres, que salieron de Lérida y Tortosa están a la vista de Tarragona: Salme llega al Francolí y se desplaza hacia el Olivo, Harispe se establece en Constantí con Frère en su retaguardia y Habert en Vilaseca. El Cuartel General se sitúa en Constantí, los parques de artillería e ingenieros en La Canonja, y los depósitos y hospitales de sangre en Reus. En estos días Campoverde está operando en Figueras y el mando de la ciudad lo ostenta el general Caro, hasta el regreso del Capitán General el día 10.

El plan de aproximación y apertura de brechas diseñado por Rogniat, señalaba dos acciones una contra el Fuerte del Olivo y otra, la decisiva, penetrando por los fuertes cercanos al Francolí y, tras tomar el Arrabal, asaltar la muralla de la rambla a la altura de la puerta de San Juan. Como jefe de ingenieros dirige los aproches, la apertura de las paralelas y la construcción de baterías; el general Valée mueve sus trenes y artilla las baterías de sitio y brecha, bombardeando la ciudad y batiendo las fortificaciones.

La toma del Fuerte del Olivo era importante ya que dominaba y cubría a la ciudad por el norte. Después de laboriosos y peligrosos trabajos, de los zapadores y artilleros y de soportar varias salidas de los defensores, el día 27 las baterías estaban en posición comenzando a batir en brecha la escarpa del fuerte no cesando hasta las ocho y media de la noche del día siguiente, hora en la que avanzaron dos columnas de ataque. La que, rodeando el fuerte por su izquierda, iba a asaltarlo por la gola llegó a su objetivo, ya sin luz, mientras entraba el relevo de la guarnición española. A la vez que la segunda atacaba por la derecha un ángulo muerto del fuerte, un destacamento descubrió que no se había destruido ni fortificado adecuadamente el acueducto que atravesaba el foso, por lo que fue utilizado a modo de puente. Estas circunstancias ocasionaron la entrada de los imperiales por varios lugares a la vez dando lugar a un terrible combate cuerpo a cuerpo que acabó en derrota española, replegándose parte de los defensores sobre la ciudad.

En el frente del Francolí se construyó en primer lugar un reducto artillado, cerca de su desembocadura, que ahuyentó con sus fuegos a la escuadra inglesa hacia la playa del Milagro. Se eligió como frente de ataque la parte del recinto comprendida entre el baluarte de Orleáns y el fuerte del Francolí; las obras de las paralelas se comenzaron el 1 de junio y el 7 se decidió el asalto después de que 25 piezas de artillería batieran en brecha el fuerte, que fue abandonado a las 10 de la noche. Ocupado el fuerte las paralelas y los ramales de trinchera se dirigieron hacia el baluarte de Orleáns, la media luna del Rey y la luneta del Príncipe. El 16 a las nueve de la noche cae la luneta demolida por el fuego de 54 cañones, el 21 las brechas están abiertas en la media luna, el baluarte y el flanco derecho del Fuerte Real por lo que las columnas del general Palombini, a las siete de la tarde realizaron el asalto. La parte baja de la ciudad se abandona, de los 5.000 defensores han caído unos

2.000, y, gracias a un repliegue ordenado, el número de prisioneros es escaso aunque se pierden 80 piezas de artillería. Al atacante le ha costado el éxito 3.000 bajas, la mayoría de ellas durante los trabajos de aproximación, ocasionadas por las salidas de los defensores o el fuego artillero.

Mientras que suceden todos estos acontecimientos el general Contreras no cesa de pedir la actuación del general Campoverde que, con los refuerzos que recibió el día 14, había reunido en Igualada a 9.500 soldados de infantería y 1.200 de caballería o del comodoro Codrington con su flota entre las playas del Milagro y Larga.

Ocupada la ciudad baja procedieron los franceses a realizar los aproches y construir las baterías para abrir dos brechas, entre los baluartes de San Juan y San Pablo. En esta situación, conociendo Contreras la debilidad de la muralla, la carencia de defensas avanzadas y la poca capacidad de los citados baluartes de acoger artillería que pudiese batir las brechas con sus fuegos, insistió en sus demandas de auxilio a Campoverde. Este no pudo dilatar el hacer movimientos con su ejército; operando desde Montblanc a Vilarodona, el general Miranda con 5.000 hombres, atacó a los franceses en los Pallaresos y Hostalnou y el mismo se posicionó en el Catllar. Para apoyar la acción, Contreras ordenó una salida hacía la carretera de Barcelona con 4.000 hombres al mando del general Courten. Suchet movió sus divisiones y Campoverde se retiró a Villanueva por lo que Courten no tuvo más remedio que volver a la plaza.

El 27 arribó una escuadra inglesa que desembarcó 1.500 soldados al mando del coronel Skerret. Viendo el estado de las defensas, la situación del defensor y la imposibilidad de recibirse socorro, volvieron a los buques. Como consecuencia de estas dos actuaciones Contreras dictó instrucciones para tener previsto forzar una salida con toda la guarnición para dirigirse hacía el este.

Se responsabilizó de la defensa de la muralla de la rambla Nova al brigadier Messina; se barrearón las calles, se aspillearon y se comunicaron las habitaciones y se derribaron las escaleras de los edificios de la línea definida por la actual Rambla Vella para que sirvieran de segunda defensa a cargo del coronel Aguaguirre; finalmente se pensó en un repliegue hacía la parte este de la ciudad defendida por Courten, como fase previa para el abandono de la ciudad.

El día 28, expedita una brecha en la puerta de San Juan, se planeó el asalto con cuatro columnas al mando de Habert, que debían la primera coronar y sostener la brecha, las dos siguientes penetrar a derecha e izquierda para rodear a los defensores y la última penetrar en la ciudad. La operación de asegurar la brecha costó a los franceses 500 bajas.

La moral y disciplina de los defensores, visto que eran abandonados a su suerte cuando podían ser socorridos, no podía ser la óptima para enfrentarse a una lucha en el interior al estilo de Zaragoza y Gerona. Al ser rodeados se produjo la caída de la segunda línea y un repliegue desordenado hacía la Catedral, donde se produjo un sangriento combate siendo herido y hecho prisionero Contreras y muchos cientos de heridos y ciudadanos que la utilizaban con refugio.

Un descontrol del mando de los atacantes, ansiosos de venganza por lo costoso del asalto, propició el saqueo y una masacre de soldados y civiles que duró tres días. Courten salió de la ciudad con sus tropas pero tras ser detenido por la división de Harispe, que había bloqueado la carretera, sus tropas se desorganizaron e intentaron llegar a la playa y embarcar en la flota inglesa pero muchos se ahogaron y la mayoría fueron hechos prisioneros.

Y Tarragona ¿Por qué no?

Sin pretender equiparar este sitio a los de otras ciudades de reconocida fama quizá la historiografía oficial y popular haya olvidado la gesta de Tarragona.

En primer lugar hay que reconocer la maestría con que Suchet y sus generales dirigieron los preparativos y el asedio, así como la veteranía, en el caso de otros sitios del principio de la guerra no lo eran, de las tropas imperiales. Suchet, merecidamente, recibió el bastón de mariscal, pero este mérito unido a la calidad de sus tropas pone en valor los meritos del defensor, que obligó al atacante a necesitar 56 días de trabajos con trinchera abierta, cuando las normas de la época consideraban suficientes 40.

Hubo actitudes imperdonables de los mandos españoles derivadas de la incompetencia de Campoverde. Desde que regresó a la ciudad, tras su fracaso en el apoyo a Figueras, hasta la caída del Olivo cometió muchos errores, creó descontento entre los mandos por sus favoritismos, puso bajo mando independiente las dos partes de la ciudad y cuando de nuevo dejó la ciudad, llevándose las mejores unidades y al general Caro, designó jefe al recién llegado general Contreras, posteriormente ordenó al general Sardsfield responsable de la ciudad baja que embarcara con varios de sus oficiales en el momento más duro de la lucha. El 14 de julio, tras el sitio, embarcó en Mataró perseguido por el pueblo, al día siguiente fue sustituido por el general Luís Lacy. Las relaciones entre Contreras y Campoverde fueron malas y empeoraron a medida que le negaba el auxilio, disponiendo de fuerzas suficientes y estando a menos de una jornada.

Estas circunstancias no deben empequeñecer los méritos de las tropas defensoras que se sostuvieron en sus puestos, realizaron salidas sin reunir las fortificaciones condiciones para ello, desmantelaron con su fuego las baterías enemigas,

defendieron las brechas y finalmente fueron derrotados. En ellas hay que incluir a los dos millares y medio de ciudadanos de la milicia urbana. El general Contreras condujo acertadamente la defensa, aunque el plan de evacuación de la ciudad fue un fracaso.

El pueblo contribuyó económicamente al sostenimiento de la defensa, trabajó en las fortificaciones, cuidó heridos y apoyó a los soldados en los combates y en el servicio de los cañones; soportó bombardeos como el del 16 de junio de 1.560 proyectiles, sufrió la destrucción total de 236 casas de la parte alta y 223 de la baja y daños en medio millar más. También tuvo su heroína en la figura de Rosa Ventas de LLoberas “la Rossa”, que en una de las salidas en la zona del Francolí, combatió en primera línea. Los habitantes que no pudieron dejar la ciudad sufrieron la barbarie del invasor.

Según las fuentes los muertos, en los 56 días del sitio, fueron 2.250 y en el asalto y saqueo 5.700, muchos de ellas civiles, el número de heridos fue similar y los prisioneros se elevaron a 10.000, de los cuales 1.600 eran heridos. Según los estados franceses, firmados por Saint Cyr, estos sufrieron 4.296 bajas.

En el Ayuntamiento se conserva una placa que lució en el cuerpo de guardia del último cuartel de que tuvo Tarragona, el Cuartel General Contreras, en la que se lee la siguiente frase: “Al lamentar la catástrofe que sobre la ciudad trajo el empecinamiento del General Contreras, justo es volver las mirada sobre lo costosa que fue la victoria al vencedor”, firmado Suchet, Mariscal de Francia.